

## DEFENSA DE LA LECTURA

## «Se... de Iden...»

## La precariedad del libro en la televisión

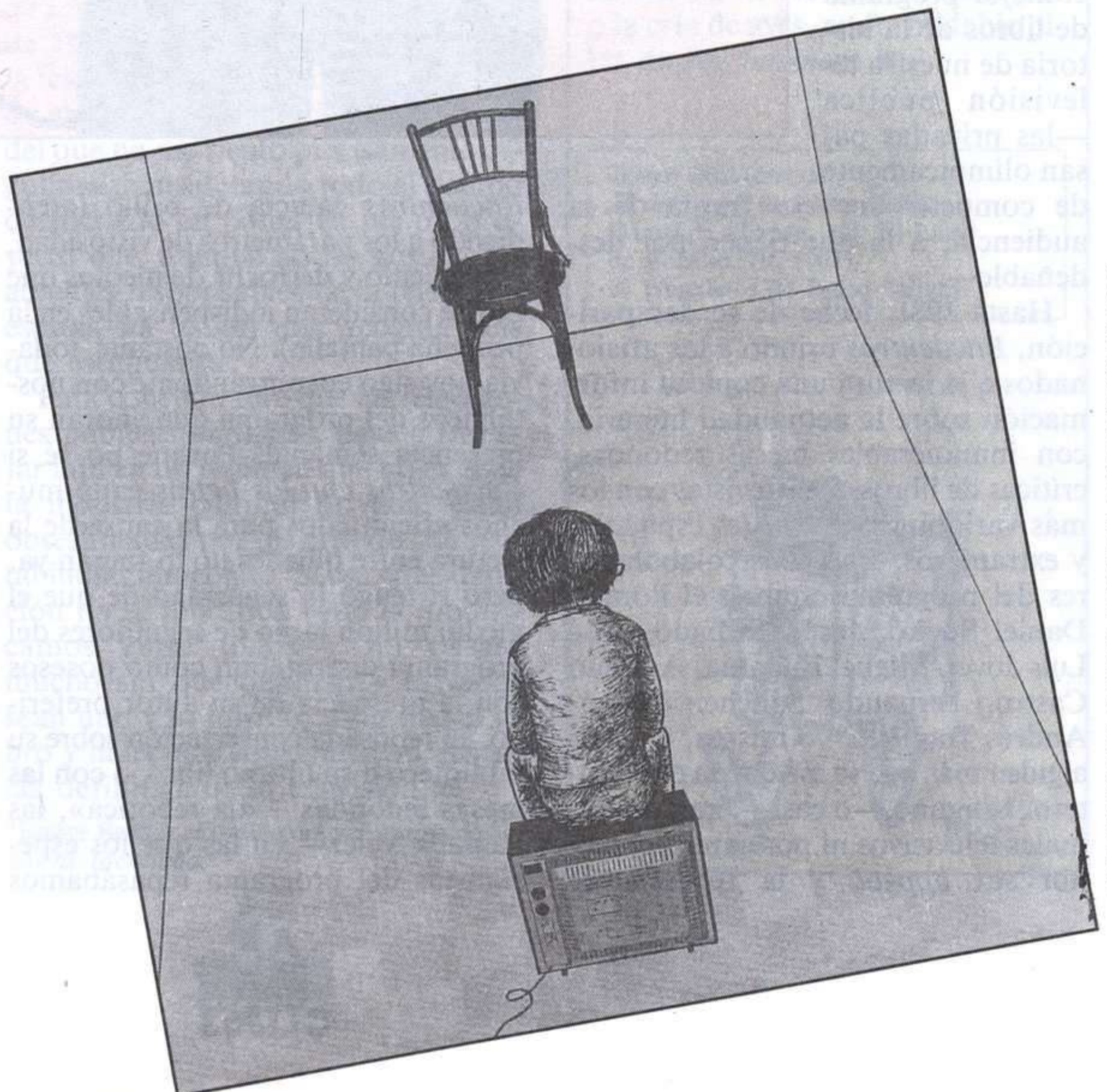
por Esther Benítez\*

*El libro y la lectura reciben escasa atención por parte de las televisiones públicas, y ninguna en los canales privados. El pasado 29 de junio, desaparecía de la pantalla Señas de Identidad, el único programa literario de TVE, cuya trayectoria de Señas de Identidad.*

*continuidad o no después del verano está todavía por confirmar. Su directora, Esther Benítez, repasa en el siguiente artículo la corta historia de los programas literarios en TVE, así como la breve trayectoria de Señas de Identidad.*

**P**uedo decir que *Se... de Iden...* no se trata de un acertijo, ni de una charada. Cuando CLIJ me pidió un artículo sobre el programa que dirijo (todavía) en televisión, éste aún se llamaba *Señas de Identidad...* Pero acontecimientos recientes me hacen temer por su futuro. Y de momento lo veo sólo como *Se... de Iden...*, a la espera de que pronto se desvanezca y de tal identidad no queden ni las señas.

Como no estoy, pues, en el momento más propicio para hablar con sosiego del asunto, mi reflexión irá por otros derroteros y trazaré la escuálida historia de los libros en la televisión pública. Por supuesto, si tuviera que hablar de programas de variedades no me llegarían cien folios; pero,



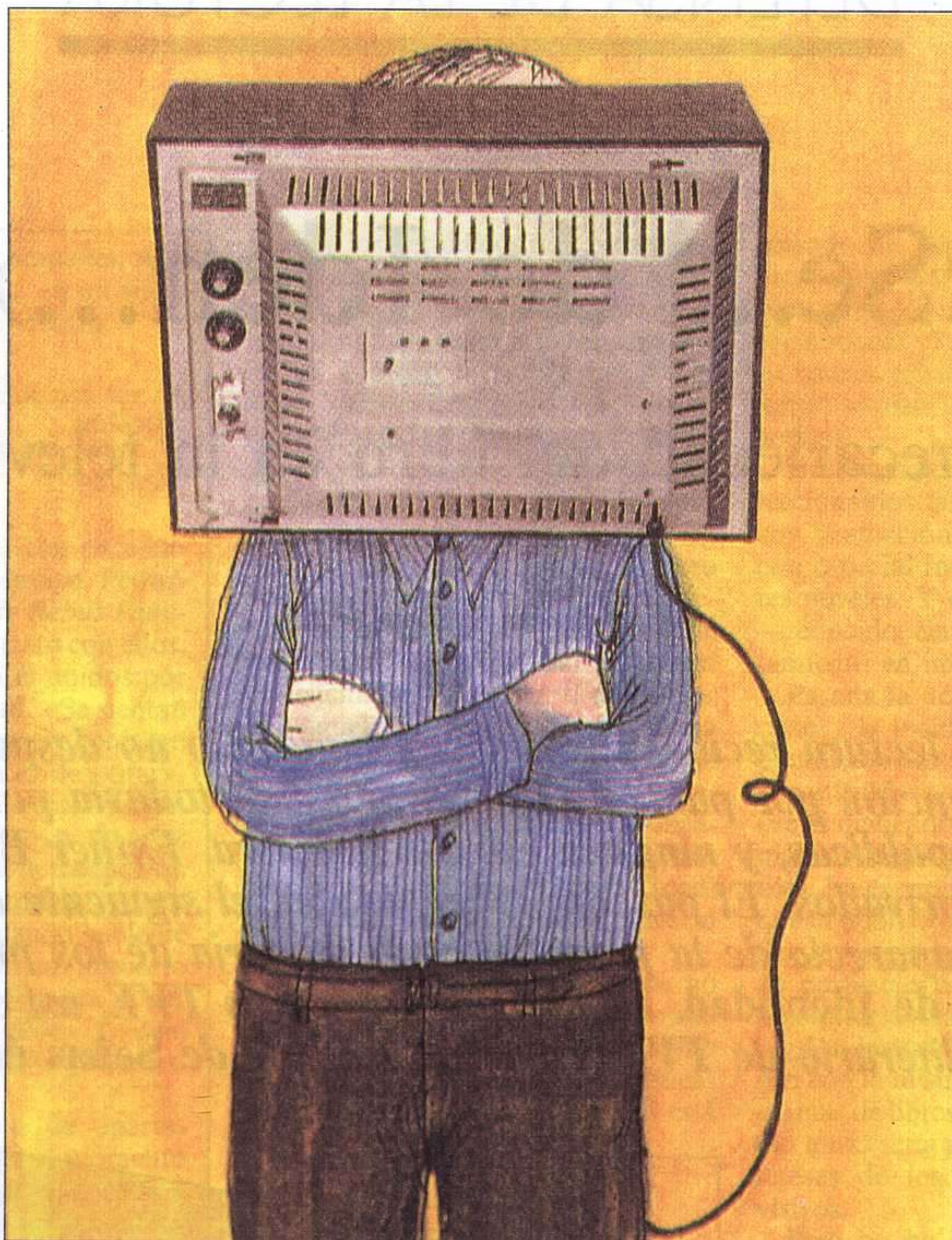


tratándose de libros, me alcanzan los que *CLIJ* me ha asignado.

La primera gran experiencia se remonta a 1976: nace, de la mano de Carlos Vélez, *Encuentros con las Letras*. Vélez era hombre moderadamente bien visto en las alturas —dato importante para confiarle, al comienzo de la transición, un programa cultural—; había dirigido una notable revista durante el franquismo: *Acento Cultural*, y crea y dirige desde 1976, durante seis años, *Encuentros*, sin duda el mejor programa de libros de la historia de nuestra televisión pública —las privadas pasan olímpicamente

de competir por esa franja de la audiencia, a la que tienen por desdén—.

Hasta 1981, fecha de su desaparición, *Encuentros* brindó a los aficionados a la lectura una copiosa información sobre la actualidad literaria, con innumerables mesas redondas, críticas de libros, y entrevistas con los más variopintos escritores españoles y extranjeros. Entre los colaboradores del programa estaban el llorado Daniel Sueiro, Jesús Torbado, José Luis Jover, Miguel Bilbatúa, Antonio Castro, Fernando Sánchez Dragó, Andrés Trapiello, yo misma, y acaso alguien más que se me queda en el tintero. Ninguno —o casi— éramos animales televisivos ni poseíamos el menor *sex appeal*, y la fórmula de



CESC. UNA HISTÒRIA D'UN PAÍS, BARCELONA: CAIXA DE BARCELONA, 1986.

*Encuentros* carecía de brillo (atendiendo a los parámetros de vistosidad, espectáculo y derroche de medios que hoy se consideran indispensables en la pequeña pantalla). No obstante, todavía hoy sigo encontrándome con nostálgicos del programa que añoran su presencia semanal. Porque no sé si *Encuentros con las Letras* ganó muchos aficionados para la causa de la lectura entre quienes no lo fueran ya, pero sí tengo la seguridad de que el medio millón largo de seguidores del programa disfrutaban como poseos con la presencia de su autor preferido, en reposada conversación sobre su biblioteca o su último libro, o con las mesas redondas —«la rebotica», las llamaba Vélez— en las que los especialistas del programa repasábamos

las novedades de la última Feria del Libro o proponíamos a su atención los títulos más interesantes de una narrativa extranjera o de un género literario.

En cualquier caso, en 1981 empezaba a primar entre los responsables de TVE —con la llegada de las privadas en el horizonte— la idea de que no se podía mantener en pantalla un programa «aburrido» —entre comillas— o incapaz de competir con las cadenas rivales por una adecuada cuota de pantalla. Pese a todo, TVE siguió ofreciendo espacios dedicados al libro, si bien relegados a una franja horaria imposible y

cada vez más breves: *Biblioteca Nacional*, dirigido por Fernando Sánchez Dragó entre noviembre de 1982 y octubre de 1983; *Tiempo de papel* (de junio de 1983 a junio de 1984), dirigido por Isaac Montero; *La hora del Lector*, un espacio *sui generis* de difusión de la lectura a través del análisis de un libro en una entrevista con famosos, de abril de 1987 a febrero de 1988, también bajo la dirección de Isaac Montero; les siguieron *Entre líneas*, desde febrero de 1988 a diciembre de 1990, y *A pie de página*, desde mayo de 1991 a enero de 1992. Todos ellos de vida corta —el más largo no llegó a cumplir los dos añitos— y de duración también acortada con respecto a *Encuentros*. Asimismo, había rinconcitos para libros y autores en



otros programas de corte cultural más genérico: *Tiempos modernos*, dirigido por Miguel Rubio, y *El Nuevo Espectador*, a cargo de Eduardo Sotillos (octubre 1989-enero 1991), aunque, eso sí, sin pasarse. A partir de enero de 1992, prácticamente nada... salvo los escasos cinco minutitos diarios que empezó a ocupar en octubre de ese mismo año *La Isla del Tesoro*, un espacio interesante siempre que existieran otras cosas, pero en sí claramente insuficiente, y que de todas formas pronto abandonó la pantalla, dejándonos huérfanos de toda orfandad, para reaparecer en abril de este año, también en las precarias condiciones anteriores.

### Protagonista: el libro

El pasado mes de enero, Ramón Colom, director de TVE, me encarga un programa de libros, en teoría de duración indefinida, y esbozo *Señas de Identidad*, planteándomelo como una emisión de carácter cultural que, a través de la selección y difusión de fondos editoriales, aspiraba a profundizar en la actualidad a través de los libros y sus autores. La audiencia a la que apuntábamos era la formada por grupos sociales cultos o que sentían la necesidad del contacto con las diversas formas de cultura, pues la suma de esos espectadores arroja una cantidad nada despreciable para una televisión pública.

Desde el punto de vista de sus rasgos formales, *Señas de Identidad* recogía experiencias anteriores —coloquios y debates— y les añadía una aportación original, la del Club de Lectores. Cada uno de los programas giraba en torno a un tema monográfico, basado en la relación de una selección de libros —tres, cuatro— con un tema de la actualidad duradera, aunque tratando de compaginar este criterio con la novedad editorial. Los protagonistas invitados eran autores, traductores o expertos en la materia

que tocaba el programa, capaces de transmitir en tono divulgador los contenidos de los libros y las sugerencias que los textos proponían. Un grupo de seis lectores presentes en el plató, parte de un club más amplio de lectura —cincuenta o sesenta personas—, formulaba sus preguntas a los invitados, tras haber leído previamente los libros. Aunque en principio estaba previsto otorgarles sólo una cuarta parte del tiempo de que disponíamos, la experiencia de los primeros programas y la viveza de sus intervenciones aconsejaron atribuirles un mayor protagonismo, como fuimos haciendo en emisiones sucesivas.

Ahora bien, a mediados de mayo, con la experiencia aún en sus primeros tanteos, llegó el batacazo: la Dirección de TVE decidió interrumpir el programa el 15 de junio, para dar paso a una programación de verano más chispeante y *light*, sin garantizar su continuidad en el mes de septiembre, aunque también sin anunciar claramente que lo liquidaba. Si los malos presagios se confirman, *SdI (Señas de Identidad)* habrá sido el programa de libros más breve de la historia de la televisión: ¡nueve emisiones, del 20 de abril al 29 de junio! Triste récord del que no me siento precisamente orgullosa, considerando todo el tiempo derrochado en poner en pie un proyecto que, aunque no les guste a los actuales responsables de la televisión estatal, ha tenido una acogida más que estimulante.

Para concluir, diré que las televisiones públicas europeas, pese a trabajar aún en un régimen que no es el de la industria cultural privada, están obsesionadas por los criterios de rentabilidad inmediata. Si esa consideración no se modifica —no la modificamos entre todos—, no pasará mucho sin que públicas y privadas sean uno y lo mismo, y sin que el libro y la lectura consoliden su ausencia definitiva de la televisión. ■

\*Esther Benítez es traductora y directora de *Señas de Identidad*.

desde que se escribieron, por ojos humanos tras ojos humanos, en los lugares más distanciados de la tierra. Que en estos momentos haya alguien que reviva a Helena en su Troya, a Fausto en su laboratorio, a Emma Bovary en su provincia, y haciéndolo, se convierta momentáneamente en una onda de esos enormes caudales alumbrados por Homero, Goethe o Flaubert, la vida incesante del libro, misión encargada a sus lectores sucesivos. Para mí, si el lector se inclina a retraerse cuando va a leer, es porque se siente encaminado a un acto de amorosa comunicación, al que conviene cierto recato. El mismo recato que se imponía a otras formas más groseras de la relación de amor, las osculatorias, antes de que Hollywood se las entregara a las miradas de la humanidad, a cada cinco minutos, a lo más tardar, de cada película, convirtiendo el beso en fuente de ingresos dinerarios, tan productiva como la manufactura de tostadores eléctricos o la cría de aves, en formidable pilar de *big business*. ■

Textos extraídos de *El defensor*, de Pedro Salinas (Madrid: Alianza, col. El Libro de Bolsillo, 79, 1967).  
© Herederos de Pedro Salinas.

